

## Desde la escritura: intimidad y agencias colectivas del Yo disidente

FROM WRITING: INTIMACY AND COLLECTIVE AGENCIES OF THE  
DISSIDENT SELF

*Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos.*

Rafael Huertas García-Alejo

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2020, 189 páginas

*Locuras en primera persona. Subjetividades, experiencias, activismos*, del historiador español Rafael Huertas, puede comprenderse como una nueva etapa en la producción de un autor bien conocido para quienes están interesados en la historia de la locura en Iberoamérica. Sus trabajos iniciales son de referencia obligada para los que estudian temas relacionados con el alienismo del siglo XIX y la teoría de la degeneración. Asimismo, su obra abarca temas como la historia del psicoanálisis, de las instituciones psiquiátricas, de la higiene mental, el tratamiento de la llamada infancia anormal, el desarrollo de la psiquiatría y el psicoanálisis en el contexto español y latinoamericano, entre otros. Además, cabe señalar que Rafael Huertas ha mantenido un diálogo constante y constructivo con Latinoamérica, no solo a nivel de temas, entre los que destaca su aporte al estudio de la obra de José Ingenieros, sino también a partir de un interés tan personal como político y un intercambio de décadas con investigadores e investigadoras, estudiantes y colegas de la región. La influencia de su obra en América Latina y de su apoyo al desarrollo de la historiografía de la región en esta área del conocimiento fue reconocido con el doctorado *honoris causa* que le otorgó la Universidad de Buenos Aires.

Esta breve presentación del autor explica también una característica de esta obra. Si bien Huertas asume el rol de la enunciación y la responsabilidad de mostrar, analizar y desplegar el tema, concede un espacio poco común en un libro breve para reconocer la influencia de personas y colectivos en el desarrollo de esta propuesta. Una enumeración completa puede apreciarse en el libro, la que resulta de mucho interés para observar y comprender los caminos sinuosos sobre los que avanza el programa de investigación de Rafael Huertas. En particular, es preciso destacar el reconocimiento que hace a la médica e historiadora Olga Villasante y al equipo del programa Leganés, que estudia los archivos de la Sanatorio de Santa Isabel de Leganés de España.

Así, estamos frente a un libro personal y colectivo al mismo tiempo. Ello refleja el texto, que contiene las vivencias íntimas y las luchas colectivas del loco y la loca. Son las locuras en primera persona, aquellas que parten desde una experiencia personal y que en algún punto alcanzan el soporte de la escritura para dejar testimonio del sufrimiento, la rebeldía, la cotidianidad, las resistencias de la vida del loco y la loca. Como señala Huertas, “el objetivo de esta investigación es (...) pensar la locura a través de la expresión escrita, pero de una escritura realizada ‘en primera persona’ que, en general, refleja experiencias vividas “en persona” (30). Se trata, entonces, de indagar en la experiencia de los y las pacientes en torno a sus diagnósticos, tratamientos, internaciones y, sobre todo, en sus vivencias más íntimas y la rebeldía frente a los diagnósticos y prácticas manicomiales.

Como es habitual en los trabajos de Rafael Huertas, el soporte teórico e historiográfico de la propuesta resulta contundente y actualizado. Por otra parte, el lector de este libro en particular verá desplegarse un análisis de autores y autoras bien conocidos: Fernando Pessoa, James Joyce, Robert Walser, Virginia Woolf y Sylvia Plath, entre otros y otras. Emergerán también los autores anónimos de cartas retenidas por las autoridades médicas de un sanatorio de provincia, los textos teóricos y políticos de pacientes-activistas, los editores de fanzines y revistas de instituciones psiquiátricas, así como poetas, escritores y escritoras menos conocidos para el público general. Estos elementos hacen del libro un viaje de descubrimiento y de motivación inicial para quienes quieran profundizar en la obra de personas que a través de la escritura lograron hacer en algo las paces con los sufrimientos y las experiencias vividas

como loca o loco. En este sentido, el recuento de los descubrimientos y emociones que ofrece el libro resulta imposible para una reseña y será de gran interés para investigadores e investigadoras de la literatura, la historia, la sociología, la antropología y lectores curiosos por la vida del otra y la otra que sufre.

El libro está organizado en un proemio y seis capítulos. El proemio muestra los pasos y rumbos diversos que llevaron a Rafael Huertas hasta este libro, reconociendo los aprendizajes y diálogos mantenidos con médicos y médicas, asociaciones profesionales y de activistas, historiadores e historiadoras a ambos lados del Atlántico. En ese sentido, es un libro que despliega un tema que no se deja encasillar en límites nacionales y que transita con naturalidad entre libros, testimonios personales y asociaciones de pacientes en Francia, Italia, España, Argentina, Chile, México, Estados Unidos y Alemania.

El primer capítulo es el más historiográfico del volumen, ya que sienta las bases del proyecto que ya en los años ochenta proponía hacer una historia de la medicina “desde abajo”, recogiendo los desafíos de la historia social británica. Además, este capítulo aborda el aporte sustantivo de la teoría feminista en torno al conocimiento situado y la validez epistemológica del punto de vista, sin perder de vista los aportes ya clásicos de Michel Foucault y Erving Goffman en torno a la institución psiquiátrica ni las propuestas más recientes como la de los *Mad Studies*. Este capítulo se ocupa también de una pequeña justificación de lenguaje, validando las categorías de loco, loca y locura como nociones que evaden el control de la biomedicina y que pueden alcanzar incluso un valor emancipatorio, cuando los aludidos y aludidas se apropian del término y celebran un Orgullo Loco.

El segundo capítulo aborda los testimonios literarios de pacientes diagnosticados. Algunos testimonios proceden de personalidades célebres en la literatura occidental, mientras que otros son de pacientes anónimos. En este capítulo se instala la categoría de Yo disidente, propuesta por Ana Martínez Pérez-Canales, para dar cuenta de “la necesidad de comprender que existen múltiples versiones narrativas de la experiencia humana” (35). En este capítulo, los testimonios sensibles, sufrientes y lúcidos de autores y autoras célebres comparten espacio con otros testimonios menos conocidos, como el de Julio Fuente, psiquiatra y

psicoanalista español, editado en formato de libro por Francisco Pereña y que presenta la extraña lucidez del psiquiatra que enloquece y sufre.

En el capítulo tercero se abordan textos escritos desde el interior de las instituciones manicomiales y que se han conservado en los archivos clínicos de dichos establecimientos. La larga convivencia del autor y un equipo de colegas con el archivo de la Casa de Santa Isabel de Leganés, el manicomio de Leganés, brinda la mayor parte del material de este capítulo, en el que también se abordan secundariamente las publicaciones impresas surgidas en distintas instituciones, con especial énfasis en las publicaciones estimuladas por la antipsiquiatría. Un punto destacable de este capítulo lo aporta la reflexión sobre el espacio y la vivencia liminar, al modo de un no-lugar, con que se experimenta la institución psiquiátrica generalmente.

El capítulo cuarto aborda el doble estigma negativo de mujer y loca. Como señala Huertas, “[s]er mujer y estar loca supone, ya lo hemos dicho, una doble condición subalterna” (117). En esta intersección vital, mujer y loca, el texto aborda el análisis de la obra de Leonora Carrington, Sylvia Plath, Alda Merini, Christine Lavant y de las locas de Leganés. El capítulo quinto continúa esta senda desplegando otra intersección compleja y vital: loca, mujer y activista. Entre otras autoras analizadas en este capítulo, destaca la puesta en perspectiva de la obra testimonial como paciente psiquiatrizada de Kate Millett, una autora fundamental de la segunda ola feminista.

El último capítulo del libro aborda el campo del activismo en salud mental, dentro del que se destaca que “el activismo de los supervivientes o expacientes de la psiquiatría traspasa el límite de lo ‘sanitario’ para situarse en el ámbito de los movimientos de liberación” (141). De ese modo, se entroncaría con la rica tradición de luchas emancipatorias de los movimientos obreros, negros, feministas y anticoloniales, entre otros. El capítulo aborda con mayor detalle las trayectorias de Elizabeth Packard, Clifford Beers, Judi Chamberlin y colectivos de reciente data en Chile y España.

En este panorama, el libro de Huertas resulta atractivo por la amplitud de su mirada, en la que se entroncan autores del siglo XIX con otros del XX y el XXI, tradiciones emancipatorias modernas con otras muy vivas en el tiempo presente y autores célebres con testimonios de médicos y pacientes anónimos. Si bien se trata del libro de un historiador, es tam-

bién el de un gran lector, con capacidad para relacionarse con autores como Zolá o con la más reciente de las novelas negras.

Por el lado historiográfico, y como ya es característico de la obra de Huertas, el texto trabaja con referencias imprescindibles, así como con autores y giros recientes, por lo que es un texto fundamental para estudiantes e investigadores que se inicien en la indagación de estos temas. El libro es una gran motivación para conocer trayectorias, escuelas y movimientos, de los que el autor logra un tratamiento justo y muy sintético, dados los márgenes del volumen y el tipo de exposición necesariamente panorámica.

En las sugerencias y reflexiones críticas queda abierta una cuestión sobre las características que tienen los materiales del corpus, más allá de la idea clásica de fuentes primarias, ya que los pactos biográficos, de verdad literaria y de verdad histórica, así como las tensiones del testimonio, comportan no pocas contradicciones, algunas de las cuales quedan señaladas en el trabajo, mientras que otras se obliteran. Aquí, tal vez importa más una postura ética, que compartimos, en torno al testimonio de los y las sufrientes, cuya verdad es en persona, en primera persona, como señala el título del libro, lo que hasta cierto punto zanja la cuestión. En este caso, es el sufriente el que ha hablado o escrito, es un subalterno que sí puede hablar y que lo hace desde su verdad, estetizada o no, pero suya. Otro aspecto general que se puede reflexionar sobre este libro es la manera en que se relacionan las historias aquí expuestas con las de protección, resguardo y curación, en el caso de que esos procesos hayan ocurrido. En ese sentido, se trata de un libro sobre el sufrimiento y el carácter punitivo de la psiquiatría que, si bien muestra algunos ejemplos de un llamado a destruir en su totalidad el edificio psiquiátrico, parece más orientado a humanizar y volver digna la forma de habitarlo. Finalmente, tras finalizar el último capítulo se extraña un apartado de reflexiones finales sobre aspectos metodológicos y de enfoque historiográfico, con los cuales emerger activamente desde los distintos caminos abiertos por este libro que ha logrado reunir con agudeza historiográfica, respeto y fina sensibilidad el testimonio de un sufrir mental y anímico.

Tras el recorrido por los testimonios de sufrimiento y rebeldías personales y colectivas del Yo disidente, Huertas concluye con una propuesta crítica, de contenido ético y político:

De algún modo, debería reconocerse un “derecho al delirio”, no solo porque puede ser una forma de defensa o un esfuerzo de autorreparación, como ya hemos dicho, sino porque puede confrontarnos con lo que se entiende por “normal”. Parfraseando a Eduardo Galeano: “¿Qué tal si deliramos por un ratito? ¿Qué tal si clavamos los ojos más allá de la infamia para adivinar otro mundo posible?” (172).

MARCELO SÁNCHEZ DELGADO  
CECLA, Universidad de Chile, Chile  
<https://orcid.org/0000-0002-7697-3699>  
historia.mjds@gmail.com